

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 3 de Noviembre de 1898

Núm. 415

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA

(Monólogo ilustrado)



— ¿ Me sigue ? ¡ Tonta como yo ! Las puertas han quedado cerradas... Sin embargo, diría que viene detrás... ¿ no oyen ustedes sus pasos ? vuelvo la cabeza y....

Vuelven los crepúsculos tristes y los trajes oscuros, serios, de las damas.
Para mí también tienen su encanto, vestidas de invierno, las señoras.
Parecen menos ideales, conforme; pero quizás por esa misma razón me gustan.
El creer en la idealidad expone á muy serios fracasos; conozco á muchas personas que acaban por semejante motivo mal.

Unas en el manicomio. otras en los Gobiernos civiles.
En calidad de presos, naturalmente, no en calidad de hombres de pró.
Los hombres de pró se me figura que son ya en nuestra tierra tan raros como las moscas blancas.
Hemos entrado en una especie de invierno moral, y las ráfagas frías nos están marchitando el plantel.

Dios nos mande un poco de calorcillo.

Pues decía que las mujeres no están menos bellas en la presente estación y en la que le sigue.
En esto, como en todo, hay sus opiniones.

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Nada; ilusión de los sentidos... eso es, de los sentidos, porque el alma ya sabe que le tiene muy atado... ¿á que nadie ve el hilo que nos une pasando por las cerraduras?...

Pero yo hablo de la mía, que no hay que dudar si es valedera.

Pregunten ustedes si nó á las damas y á que dicen que soy razonable y que hago bien en llamarlas guapas.

Si en verano el calor de sus vestidos casa con la pristina diafanidad del ambiente, ahora se establece la propia y armónica proporción. Solamente que en sentido contrario.

El horizonte también se pone serio.

Dice un amigo mío que las mujeres aman más en invierno.

Ignoro si dice bien, pero las razones que alega pueden pasar.

Cuando se siente el frío de fuera, afirma, las naturalezas buscan el equilibrio de sensaciones produciendo el calor íntimo, suave, de las almas.

Francamente, me gustaría hacer el experimento.

¿No habrá por ahí una bella que me ayude?

CLAUDIO UGENA

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



¿Se ríen? Pues sí; hay una hebra tan sutil que no se rompe aunque tropiecen ustedes con ella, y que va del ser querido al ser que quiere... ¡Jesús y qué modistas! Todo me parece hoy estrecho.....

Las cuatro mujeres

Ahí donde usted me ve, caballero, —me dijo el viajero desconocido— he sido casado cuatro veces. Cuatro, sí, señor; la mujer que ahora poseo, ó que me posee, es ya la cuarta.

Y eso que no he cumplido todavía los cincuenta años. Pero desde muy joven sentí la necesidad de casarme: á los veinte aspiraba ya á las dulces delicias de la vida conyugal, únicas que á mi entender pueden asegurar la felicidad del hombre. En esa edad que por lo común sólo brinda á las imaginaciones juveniles las prespectivas de una serie de amores divertidos é ilícitos, experimentaba yo el afán del amor casto y legal, consagrado por la ley y por la religión. Naturalmente, virtuoso, aunque me esté mal el decirlo, mi alma repugnaba á las ternuras venales, á las concupiscencias impuras, á los placeres que, digámoslo así, carecen de la previa sanción matrimonial. La simple idea de tener una querida me causaba un malestar indefinible; en cambio, el solo pensamiento de compartir mi lecho virginal con una esposa joven, amante y bella, hacía refluir la sangre á mi corazón y me sugería un mundo de voluptuosos ensueños.

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



La verdad es que Julio tiene ángel... (*pensativa*). ¡De qué modo tan discreto ha dicho que le habían enamorado mis ojos!...

Tenía cuatro lustros y medio justos y cabales cuando me fué posible realizar mis ideales. ¡Con qué íntima y orgullosa alegría conduje al altar á mi joven y bella desposada! Llamábase Loreto, tenía veinte primaveras; la inocencia y la pureza resplandecían sobre su frente blanca como el alabastro y el azulado cristal de sus rasgados ojos... Al cambiar el sí que unía nuestros destinos sentíme inundado de una ventura indefinible; parecióme que el templo era demasiado pequeño para contener toda la dicha que de mi alma rebosaba. Y cuando al llegar la noche penetré en la alcoba, santuario de mi legítimo é inconmensurable amor, creí desfallecer de embriagante felicidad.

Nuestra luna de miel duró seis meses; si, caballero, un semestre justo: y estoy seguro que se habría prolongado mucho más á no ocurrir el más inesperado de los acontecimientos. Figúrese usted que un día, guiado por la más rara casualidad, descubrí que mi mujer había tenido un chiquillo, un año antes de casarse conmigo.

Ese descubrimiento me causó muy mal efecto como puede usted suponer; pero no modificó en nada

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



¡Bah! música .. Estoy cansada. He leído en las novelas casi todo lo que él me ha dicho, y francamente, los hombres... (*desperezándose*) los hombres

mis convicciones. ¿Qué quiere usted? cuando uno nace virtuoso... Así es que al tener el gusto de perder á mi esposa, á los tres años de vivir separados, me apresuré á buscar nueva compañera.

Pero esta vez anduve con cuidado y elegí tras diversas combinaciones á una chica muy joven, algo feita y que no se había separado desde el nacer de las faldas de su madre, matrona intransigente en cuestiones de recato y de severidad de principios llevada hasta la ferocidad.

Caséme con Patrocínio y no vacilo en confesar que los cuatro años que el Señor me condenó á pasar á su lado fueran de los más desagradables que registra la historia de mi vida. Mi dulce compañera desplegó después de casada un genio atroz y una serie de cualidades capaces de encanecer la cabeza del marido más filósofo. Era sucia, gastadora, mala lengua, embustera, chismosa, libertina... Sí, señor; libertina. Con decirle á usted que llegó á tener á un tiempo tres amantes... Parece imposible: ¡una mujer tan poco agraciada y que había recibido una educación tan rígida! .. Cuando pasó á mejor vida respiré como si me quitaran una losa de plomo de encima y me dispuse á escoger tercera consorte.

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Nó, pero en las novelas los tipos son fabulosos, y mi héroe resulta real, de carne y huesos... De carne no lo dudo, porque aquel vals... y aquella polka... y sobre todo la americana.

En ello empleé cerca de año y medio. Ya se ve... andaba escamado y aunque no había abdicado una sola de mis supra-dichas convicciones, no quería pecar de precipitación é imprudencia.

Concluí por decidirme en favor de una viuda fresca, bonita, de carácter apacible y cuyo difunto había sido uno de mis mejores amigos. « Mi mujer es un ángel » decía con frecuencia Indalecio. No quise desperdiciar la ocasión de adquirir un ángel y al cumplir el año de luto, cedió Casimira á mis amorosas instancias y me concedió su blanca mano.

Durante diez y ocho meses, caballero, fuí el más feliz de los hombres. Realmente Casimira era un ángel; pero ¡ay! los ángeles tienen alas y una noche emprendió mi consorte el vuelo, en compañía de un caballero particular y de quince mil pesetas que también volaron de mi caja.

Usted imaginará tal vez — prosiguió el viajero desconocido mirándome con expresión de malicia

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



En cuanto á los huesos... *(ríe)*. Certifico, señores, que el encontronazo con la marquesa de Ox, hizo que Julio tropezara conmigo de costado y que... á ver...

La Saeta

y de triunfo — usted imaginará seguramente que con ese tercero y rudo golpe quedó desvanecida mi robusta fe en la institución matrimonial, única que á mijentender puede asegurar la felicidad del hombre. Pues nó señor; seguí pensando como antes; ni más ni menos; mi consecuencia no se desmintió un solo instante y cuando me hizo el Creador el obsequio de llamar así á Casimira, me puse nuevamente en campaña y me casé con mi cuarta.

¡Ah! caballero, ¡que fuerza tan enorme representa en nuestra vida la perseverancia! Porque sin mis arraigados principios no habría casado con Isidora y no sería lo que soy: un marido feliz. Diez años llevo ya de matrimonio y cada vez estoy más contento y más seguro de haber acertado. Isidora es guapísima, elegante, virtuosa, amable, afectuosa, franca, leal, económica, ama de casa incomparable... una perla en fin...

—¿Y de dónde sacó usted esta perla?

—Pues verá usted se la quité á un amigo que la había retirado de una casa... de cierta casa, que... en fin de una casa hospitalaria: ¿comprende usted?

JUAN BUSCON

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Sí, el choque fué rudo, rudísimo... ¡Jesús, si aún parece que me duele en este sitio! y bailando aquel precioso wals de Strauss que empieza (*tarareando*), *la, rá... rá...*

Don Juan, eres un canalla!

Levantó el rostro que parecía moldeado en cera, y húmedos los ojillos azules, fijáronse con desdenosa mirada en don Juan. Su acento fuerte, agudo, clamó entre airado y dolorido:

—Todo eso que dices es vil.

Era niña aún la marquesa Julia; su figura parecía endeble, clorótica; manteníale firme su temperamento nervioso, que se revelaba constantemente por el tesón con que procedía en todos los actos de la vida. Habíala desposado don Juan de Atalbahache, el más rico prócer de la comarca; señor de escasas virtudes y de turbio carácter, y lo mismo fué uncirle al yugo pesado de su voluntad que condenarla á todos los sinsabores y á todas las desventuras de un despotismo cruel.

—Señora — contestó el interpelado por durísima reconvención de la dama — señora, que voy perdiendo la paciencia; no es ese modo de rechazar los cargos que se le hacen.

—¿Quieres que conteste con entera sinceridad?

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Ahora confesemos con toda ingenuidad que Julio, como guapo es guapo...

La Saeta

—Sí, sí; al fin ya sé que confesará usted la culpa...

La marquesa Julia se irguió; vióse claramente que su faz adquiría la majestuosa expresión de la dignidad herida en lo más sensible; jamás había estado tan hermosa: sus ojos brillaban como rojas ascuas; sus manos temblaban convulsivamente; fina sonrisa se dibujaba en su boca, y su busto de ordinario encogido, pobre, se levantaba con una esbeltez imponderable.

Agarró con febril ademán de un brazo á su marido:

—Estoy acostumbrada á devorar en silencio mis penas; nunca me he quejado de la injusticia con que me tratas; podría muy bien y con derecho haber buscado en otra parte el amor que tú me niegas

Tembló con ímpetu de coraje don Juan:

—¿De modo que es cierto?... — dijo.

La marquesa Julia le interrumpió, mirándole de nuevo con soberano desdén.

—Todas las criaturas tienen el deber de amar y derecho á ser amadas. Pues yo me he conformado con que se me robe el último y he ido obscureciendo el primero en la conciencia. Ahora te declaro

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Y que cuando una quiere, así,... con toda el alma...

que soy pura, pero no porque respeto á mi marido, sinó porque me respeto á mí misma. Me condeno al dolor, porque hallo fuerzas en mi orgullo para resistirlo. Si la culpa no salpicase de lodo más que tu nombre, yo no sería honrada.

—Música, música; no comprendo semejante monserga; eso no es más que un modo hábil de eludir las inculpaciones. Contesta categóricamente: ¿le amas ó no?

La marquesa Julia midió con soberano desprecio al de Atalbahache, y recogiendo con gracia y gentileza la falda del vestido, se alejó majestuosamente. El noble señor, agitado por la rabia, quiso seguirla, con impulso de abalanzarse sobre aquella que acababa de romper el débil lazo que la retenía á su imperio de déspota; pero no pudo; le clavó, helándole las venas, el apóstrofe que la señora lanzó volviendo su cabecita antes de desaparecer detrás del cortinaje, gritando con fuerte é iracunda voz:

—¡Don Juan, eres un canalla!

CALIXTO CORACHAN

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



¿Huesos? ¡Pshé! Perdonemos el bollo por el coscorrón, ó el coscorrón por el bollo. Y el bollo es que Julio, sobrino de los condes de *Cese*, trouados, heredará al Sr. Lopezarde, banquero...

Un gran criminal

I

¿Que cómo ocurrió la cosa? Pues del siguiente modo.

Volvió Juan de la fábrica, rendido de cuerpo y fatigoso de alma, y se encaminaba allá abajo, hacia su casucha de la Ribera de Curtidores.

Las trece horas de rudo trabajo traíanle cansado; el continuo martilleo le había ensordecido, y sus nervudos brazos colgaban á lo largo de su cuerpo, hartos de trabajo y de soportar pesos durante el día.

Cerca de su casa detúvose para respirar y enfiló la vista á lo largo del callejón que á su casa conducía. Su mirada, serena y apacible, trocóse de pronto en sombría y amenazadora; acababa de ver cerca de su casa y hablando con la *señá Inacia la trapera*, al señorito, á ese dichoso señorito que,

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



Banquero, sí, y no menos cierto que yo... yo no debería pensar en semejantes alianzas, porque la prosapia, la historia limpia, los blasones... y el descuento del cupón... y... ¡qué líol más vale apagar la luz...

por haber gustado de la Inés, creíase con derecho al amor de ella y á deshonrar el tranquilo hogar de Juan. Y eso que el obrero no temía por lo que á su mujer afectaba, nó; ella no le hacía caso, bien se lo había significado de repetidas maneras; pero él, creyendo que todo el mundo era suyo, insistía mil y mil veces, valíase de mil mañas para ver á la Inés, y compraba por dinero, porque, eso sí, ¡tenía mucho! á miserables Celestinas para que le ayudasen en el logro de sus deseos.

Juan no podía, no quería aguantar más; hasta entonces había callado, esperaba que aquel señorito desistiera de sus planes y dejara de rondar la calle; sabía demasiado que si él tomaba cartas en el asunto podía sobrevenir algo grave y quería paz para su hogar.

Aquel día quedaron así las cosas: el señorito desaparecía por una calle contigua, y Juan, todavía con indignación, entró en su casa y besó á los suyos.

II

¡Pero estaba de Dios! El sábado de aquella misma semana y al regresar el obrero, ya algo tarde,

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



(Soñando). La Deuda... Francias... Exterior... Condes de Cese... buen mozo... capital de Lopezarde... el wals de Strauss... los huesos... el alma...

La Saeta

intentaron robarle el mísero jornal, unas doce pesetas. No sintió miedo ni un instante: un par de puñetazos diestramente aplicados despejaron el camino, y contentóse con decir á unos guardias que por casualidad habían acudido al final de la escena: — ¡Bah! Déjenlos ustedes; tendrán hambre y el hambre es mala consejera.

Y aquí empieza el misterio, y con él, el drama. Las gentes aseguran que Juan se dirigió hacia su casa; que luego se oyeron voces en el callejón aquél, y que más tarde, al acudir los vecinos, encontraron en el suelo, sangrando y con el pecho abierto por ancha herida, al señorito que rondaba la calle y que en mala hora puso los ojos en Inés. A su lado estaba Juan, en pie, rígido, con grande navaja en la mano y balbuceando con expresión de idiota: — ¡Sí, le he matado; yo he sido; éste también quería robarme!

III

La instrucción de la causa no ofrecía dificultad alguna. Convicto y confeso había ingresado Juan en la cárcel, estaba tranquilo; en su primera declaración habló con sinceridad. Aquel hombre, á quien

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



El alma de Julio es hermosa: ¡me decía de tal manera, con tal persuasión, que me amaba; que iba á construir un paraíso eterno, pero sin serpientes...!

había matado, quería robarle su honor y de ello había resultado lo que ya estaba visto; él encontraba la cosa sencilla, y sin duda alguna, el Juez también lo vería así.

Más de ocho meses duró el proceso, tiempo que resignado sufrió Juan; su mujer veíale amenudo y á él no le atormentaba el remordimiento; sufría jeso sí pero tranquilo: había cumplido con su deber.

Sus amigos y compañeros de trabajo, habían declarado sobre los antecedentes del obrero y éstos eran honradísimos. Siempre trabajador, no se había mezclado nunca en las disputas que con frecuencia se entablaban en la fábrica, y en aquellas ocasiones en que insubordinándose los trabajadores en contra de sus patronos, habían producido disturbios, él habíase portado como buen compañero haciendo causa común con todos, pero nunca habíase distinguido como el más exaltado ni había pretendido acaudillarlos. Esto no obstante, el Juez explicaba el hecho de distinta manera.

Aquel obrero indudablemente tenía rabia á la sociedad y al hacer aquella muerte había creído dársela á la sociedad entera, había matado por matar, había satisfecho su instinto de odio hacia las clases superiores y decididamente era peligroso.

EL SUEÑO DE UNA SOLTERA



¡Sin serpientes...! y Lopezarde comprometido por las minas de... bancarrota... casada con Julio y sin herencia... y el encontronazo... y los huesos... un hombre con mucho hueso que roer, Dios míol (*Sigue soñando, después de la caída...*)

La Saeta

Bajo este prejuicio seguía adelante la sumaria, y, el interrogatorio de Juan vino á demostrar claramente el falso concepto que de él se tenía.

— Bueno, y ¿usted por qué le mató?

— Fué en legítima defensa, señor Juez, querían robarme lo que es mío.

— Eso nó, porque consta que antes unos rateros quisieron robarle á usted y no hizo uso de arma alguna.

— ¡Recontra señor Juez, es que tengo en más estima mi honra que las doce pesetas!

Imposible; éstas delicadezas no podía tenerlas un obrero; decididamente, era un gran criminal.

MIGUEL ARDAM



Tiene..., pero no hay

Ninay era hermosa.

Ojos negros; negrísimo el undoso pelo: obscurecido el cutis, y, sin embargo de que lo negro es generalmente tan severo como antipático, la morena Ninay era hermosa, hermosísima.

Vivía en una capital de provincia, con su padre, teniente primero del tribunal, indio ilustrado de los que dicen *peliz* y *favo*, y con su madre, de oficio bordadora y comadrona, tan habilidosa para estampar en un pañuelo las iniciales de cualquiera, al *lausin* ó en realce, como experimentada en poner los medios para que todo hijo de madre saliera del envoltorio en que se formó, sin desperfecto de aquél ni de éste.

Llegó al país Pepe con veinticuatro años, un bigote no muy poblado, unos candorosos ojos azules, un exterior simpático, un terno cortado á la última, y pocos cuartos en el bolsillo; pero con plena seguridad de ganarlos. Venía nombrado secretario del gobierno de una provincia de tercer orden.

Pepe, que era poeta y tímido, albergaba en el lado izquierdo de su pecho un corazón de seminario, rebosando ilusiones y esperanzas.

Una tarde Pepe dejó á Manila. Contempló á su derecha el paseo de Magallanes; enfrente, el puente de España; allá, en lontananza, el casino, y á su izquierda toda esa pléyade de casas en que alienta Mercurio. Viró el barco, cambiáronse los panoramas. trepidó la nave, y Pepe, foráneo todavía en esta tierra, no dijo adiós, porque no se despide uno más que de lo que odia ó quiere, y él á Manila... *ni fú ni fá*.

Trabajaba como un destajista; tenía una linda casa, un caballo flaco y corredor en la cuadra, dispuesto á engancharse á una carromata en que pesaban tanto la madera y el hierro como el bejuco, prueba de su ancianidad y de la bondad de las carreteras, y, como alhaja de la casa, una diminuta estantería, en que ocupaban puesto de honor una veintena de libros selectos.

Allí vivía Pepe y allí vió á Ninay.

Estaba él fantaseando, apoyado á la ventana, cuando pasó ella: levantó sus ojazos al *castila* y éste quedó deslumbrado ante la virgen negra.

Nada de *buyo* en los labios; nada de cigarro en la boca. Pepe se convenció de que el aceite de coco, que tanto le repugnaba, no emporcaba aquella larga mata de pelo.

Siguió Ninay su camino, acompañada hasta la esquina por los melancólicos rayos que despedían los ojos de él, quien, cuando dejó de verla, salió de su embaimiento, alejóse tristemente de la ventana, sentóse en muelle perezosa y exclamó:

— ¡Es una divinidad!

El diligente secretario no cenó aquella noche, ni se durmió hasta la madrugada, ni almorzó al día siguiente. Los expedientes, tan traídos y llevados antes, gozaron paz durante algún tiempo.

Pepe echó la culpa de su inapetencia al cocinero; colmó de insultos á los mosquitos que le quitaban el sueño, y vociferó contra el calor que enervaba la sangre y hacía aborrecible el trabajo.

Se quisieron mucho. El le daba, todo entero, su corazón virgen: le decía tiernas endechas, entre suspiros y miradas, como las que los estudiantes de tercero ó cuarto de latín cantan á las niñas de sus pensamientos: leía sublimes becquerianas, con una voz muy dulce, que, poco á poco, se iba apagando con medida regularidad: le tomaba la mano y contemplaba extasiado la pureza de líneas

de su *pequeña salvaje*, como llamaba en sus momentos de delirio á la diosa de ébano que debió ser generada en *noche triste*, cual la célebre de Hernán Cortés, que guarda entre sus páginas la Historia...

Un día, el secretario cometió la osadía — la vileza dijo él, cuando se dió cuenta — de besarle en la frente.

Ninay no hizo oposición, pero Pepe aspiró un fuerte olor á aceite de coco, que le hizo no apretar tanto como deseara. Otra vez notó que su amada tenía los labios rojos, pero de un rojo feo, como si hubiera mascado *buyo*.

En ocasión propicia, él, que no miraba más que á los ojos de su novia, recibió en toda la cara una bocanada de humo, y, fijándose, vió que tenía entre los labios un tabaco grandote, vulgar hasta la exageración.

La interrogó, llorando casi, al ver derrumbarse su pedestal de idealismo, y ella le dijo que el aceite de coco era bueno para no caer *aquel su pelo*; que el *buyo* le convenía porque *malo aquel su barriga*, y, finalmente, que fumaba, porque su *tatay* dijo *con ella*, que el tabaco hacía no tener *empermedat*.

Pepe no replicó nada y se marchó sin besarle en la frente.

Tuvo que mascarle para convencerse.

Inspeccionó al rival, y vió un indio delgado, elegantón y con ¡oh príosa! brillantes en la pechera.

Se acordó de que era secretario de la provincia, de que era *casi* autoridad, de que era hombre, y pensó dar de bofetadas á él, y luego á ella.

Aquello fué nada más que un relámpago; pasó con mucha luz, pero no hizo daño.

Con blando acento, casi humilde, la dijo:

—Oye, Ninay: ¿tienes corazón?

Ella bajó hipócritamente sus ojos, aquellos ojazos negros, al suelo; y andando lentamente y separándose de Pepe, sin atreverse á mirarle, más por miedo que por compasión, le replicó:

—Tiene..., pero no hay...

M. DE LA CÁMARA



—Señores.....

Poesía en prosa

A LA SRTA. L. C. DE G.

Una madre perdió un hijo
y al cielo lo fué á buscar,
si lloraría la madre
que Dios se lo volvió á dar.



— Chica, no esperes á tu marido. Comió en casa y ha abusado del champagne

Tenia el alma amorosa, ávida de ternuras, de caricias inefables, y en su figura simpática y noble traslucíase ese afán de cariño que consume y enciende á los espíritus creados para el amor.

Yo la vi y quedé sujeto á los lazos de esa simpatía afectiva, dulce, que irradia de su persona, como irradian las luces del sol.

Me figuré que debía ser feliz, y si vale decirlo, envidiaba la paz de aquel lugar, que tan penetrante idea daba de la *casa*, tal como la imaginan los poetas, los soñadores. Nunca había respirado un ambiente tan prístino, diáfano, como allí... No exagero si aseguro que la atmósfera estaba cargada de perfumes, como si en el jardín acabasen de destapar todas las rosas sus capullos abriéndose al oro tibio y juguetón de las brisas de primavera.

Pero no era dichosa. Pronto pude descubrir con la perspicacia del espíritu ferviente, que aguza los ojos del entendimiento para orientarse entre la urdimbre de la maraña psicológica, que no era dichosa, nó: se le veía en la vaguedad apacible de sus pupilas vueltas al ensueño, atraídas á no sé qué recuerdos dulces de la lontananza; y una nube de tristeza ideal revolaba en torno suyo, circundándola.

Creció con esto mi afecto.

¡Es tan persuasivo el dolor resignado! ¡Hay tanta belleza, tanta poesía en mi alma melancólica! Yo me prendé, con íntimo y profundo sentimiento, de aquellas manifestaciones imponderables de la pena que no quiere marchitarse, que reclama un lugar perdurable en el corazón, que se esponja continuamente en el rocío de las memorias gratas, como el rocío de las nubes esponja al amanecer las flores, dándoles frescura.

Y yo sé, porque tengo un alma gemela, porque también siento la misma nostalgia, yo sé que pueden tener un consuelo en la misma expansión de la tristeza, cuando dos seres se comprenden, estas angustias del vivir aheleado. El verano no agota á la naturaleza; el invierno no la marchita; detrás de los frios vienen las auras tibias, y los campos fecundados, florecen.

Así le ocurrirá, porque en el espíritu dominan las mismas leyes, y todo es armonía y amor en la Creación. Si la primavera es hermosa, el otoño, con sus melancolías, tiene su soberana belleza también.

Puedo decirlo, puedo asegurarlo, porque siento en mi mismo los impulsos de la fe que reanima y fortalece, y puede decirlo, porque sé donde está el secreto.

En aquel hogar tranquilo, en aquella *casa* embellecida por dos criaturas adorables, puede renacer la paz gozosa.

Falta sólo una simpatía noble, filial, que traiga de fuera otras brisas, otras auras de cariño.

Las auras, las brisas que vienen de lejos alegran y rejuvenecen los campos, porque traen las canturias de lo desconocido...



— ¡Dios! ¡Champagne y con ella...!

V. INGRESA.



Angelo

En el cielo sin fin, donde los soles
sus cascadas de luz raudos rutilan;
donde todo es un ritmo melodioso
un espíritu absorto se aplacía.

— Mira un punto lejano, su ángel dijo,
que apenas entre tantos mundos brilla;
un cuerpo allí elabora la materia
y tú has de darle animación y vida.—

— Allí no hay esta luz — triste el espíritu
al ángel contestó con amargura —
allí no se ve á Dios, ni de su trono
los acordes armónicos se escuchan.

— ¡Pobre espíritu! — ¡Solo por el mundo,
sujeto á la servil materia impura!
— Mis alas de oro batiré á tu lado,
su roce sentirás. — ¿Dónde? — En la cuna.

Dejó el espíritu la luz brillante,
do nunca acaba de morir la aurora,
nació y como del cielo descendía
con luz un punto iluminó las sombras,
pues por falta de aceite obscura estaba
la miserable, reducida alcoba.

Surcó una lágrima del niño el rostro;
una sonrisa jugueteó en su boca:
es que el ángel del cielo le traía,
en sus alas, la música sonora.

Cuando lleguéis á la sagrada estancia,
donde la madre colocó su cuna,
si el niño duerme contemplad el rostro
que inocencia y candor plácida augura;
más dejadle en su sueño, y si sonrío
es que algún sér de la mansión augusta,
como un rayo de sol juega en el lago,
sobre la frente del dormido arrulla.

¡Ah! no impíos turbéis sus dulces sueños,
porque los niños, en su edad primera,
aun sonríen al mundo que han perdido,
más están en el cielo que en la tierra.

JORGE RICO



R. I. P.

Ayer se fué al cementerio
la simpática Leonor,
con el objeto de ver
á su hermanita menor,
que ha fallecido la pobre
yo no sé de qué dolor...
Rogó que se la enseñasen
y hubo quien se lo negó.
Pero atendiendo sus ruegos
y para calmar su dolor,
un guardia que vió la escena,
en el depósito entró...
y cuando nadie miraba
él por fin se la enseñó...

MORENO.

En un exámen:

—¿A qué se refiere el terror pánico?
—A la miseria.
—¿De veras?
—Sí, señor. Porque el terror pánico es el producido por la falta de pan.

Tu rencor quiero aceptar,
porque así aun podré tener
esperanza que guardar...
¡tanto me puedes odiar
que me llegues á querer!
Hasme un lugar en tu pecho,
que yo por mi honor te fío,
que no quedará vacío
por grande que lo hayas hecho.

ANÉCDOTA

Disputaban un francés y un inglés sobre el valor respectivo de sus naciones.

—¡Vaya un pueblo, — dijo el natural de la Gran Bretaña, — que cuenta una mujer, Juana de Arco, como su libertadora.

—¿Y qué diréis de los hombres vencidos por ella? — Le contestó el francés. — Nosotros sólo nos batimos por el honor, — prosiguió éste viendo á su interlocutor suspenso; — vosotros por el dinero.

—Es verdad, — añadió el inglés, — cada uno busca lo que necesita.

De una polluela hermosa y sin un cuarto
fué novio un individuo muy lagarto,
que, dando mico á la polluela hermosa,
casó con una vieja poderosa.
Bien dice doña Elvira:
—El amor de los hombres es mentira.

Hallábase cierto conocido picador de toros, conversando con varios amigos y uno de ellos le preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre, parece que estás ronco?
—Y *mú* ronco; como que tengo un *vértigo amargo* que no me deja, — replicó aquél.
(Histórico).

EPIGRAMA

Hablando de óperas Villa,
preguntó á un hombre muy bolo:
—¿Conoce usted, D. Bartolo,
El Barbero de Sevilla?
—No, — dijo, — me afeito solo.

El conde Z..., que era hombre de mundo y se encontraba soltero y viejo, poseedor de una inmensa fortuna y sin herederos, resolvió casarse con una joven pobre y honrada.

La encontró pobre, honrada y bonita, que en el mundo hay de todo.

A la siguiente mañana del primer día de boda, dijo el conde á su joven esposa:

—Amada mía, tú debes comprender que el descanso es muy necesario á mi edad. Este es tu dormitorio el mío está abajo. Sólo te suplico que cada quince días me permitas olvidar esta separación, y vendré á hablar un rato contigo.

La esposa aceptó, y aquella noche, segunda del matrimonio, durmió tranquilamente.

La que le siguió durmió un poco agitada.

A la otra durmió muy mal, y á la tercera no pudo pegar los ojos.

En fin, la cuarta noche, el conde sintió llamar á la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es? Preguntó.

—Yo, respondió una voz femenina temblando; era la de su esposa.

—¿Eres tú, amada mía? ¿Se te ocurre algo?

—¡Oh, sí! Venía á pedirte que me adelantaras una quincena.

Un mancebo enamorado
de su madre, muerte dió
á su padre. Este salió
á visita, y un letrado
empezó á abogar por él;
Pero el juez, muy impaciente,
dijo:

—Un hombre tan prudente,
¿un delito tan cruel
defiende, que mayor que él
no se puede hallar?

—Señor,
(dijo el letrado), es error;
que si á su madre matara,
y á su padre enamorara,
fuera el delito mayor.

Sterne daba á su mujer una vida de perros. Comiendo un día con Garrick, recayó la conversación sobre los deberes mutuos de los dos esposos en el matrimonio, y Sterne se extendió con gusto sobre los encantos y dulzuras de una unión fundada en la ternura y mística consideración de uno á otro, concluyendo de este modo:

—El marido que maltrata á su mujer, merece que las llamas consuman su casa y todo cuanto posee.

—¿Tienes tú la tuya asegurada de incendios? Le dijo Garrick.



CHARADAS

I

Toca á la vista mi *prima*,
mas mi *segunda* lo niega:
á muchos gusta mi *todo*
y á otros muchos, les marea.

K. MARÁ.

II

La mujer que *prima dos*, es
dos primera ha de tener.

ANTONIO ARROYO.



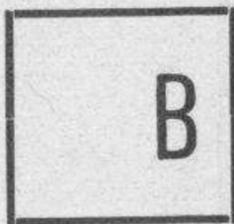
Logogrifo numérico

2 3 7 9	Tejido
2 9 4	Bebida
2 6 9	Corriente de agua
2 9 7 3	Nombre de mujer
2 3 7 3 2	Verbo
2 0 1 3 2	»
2 9 6 5 4	Animal
2 9 8 6 9	Por las mañanas
2 9 4 5 9	Muchos lo están
3 8 3 7 9	Adverbio
1 2 3 4 5 6 7 8 9	Nombre de varón
2 9 7 3 2 6 9	» » mujer.

K. MARÁ.



Jeroglífico



JUAN SALLENT.

Tercio silábico

```

*      * *      * *
* *    * *      * *
* *    * *      * * *
    
```

Substituir las estrellas por letras, de forma que se lea: 1.^a, línea vertical y horizontalmente, nombre de varón; 2.^a, ídem, ídem; y 3.^a, nombre de mujer.

I. TESNOP.



Suma de estrellas

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

1 6 6, 6 6 5

Substituir las estrellas por números, de modo que sumados, den el total expuesto. Las cifras de cada línea, deben ser distintas y sumadas vertical y horizontalmente, deben dar por resultado, 15.

LUIS LÓPEZ DE LOME.



Zoología eléctrica

- 1.^a Letra - letra. = Todo. Animal.
- 2.^a Nota, adverbio = » »
- 3.^a Castillo - letra = » »
- 4.^a Letra, letras = » Animales.
- 5.^a Letra, letras = » »

J. VIDAL FERNÁNDEZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Carroza. — Solfa.

TRIÁNGULO: NAPOLES
apeles
penas
olas
les
es
s.

CUADRADO: ESOPO
SANAR
ONEGA
PAGAR
ORARÉ

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Antecesor.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

- España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
- Año. 11 »
- Extranjero y ultramar, un año. 17 »
- Número corriente, 20 céntimos.
- Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.

¿Y pensar que no saben ustedes lo que preparamos para el número extraordinario?



¿Y pensar que no saben ustedes lo que preparamos para el número extraordinario?

¿Y pensar que no saben ustedes lo que preparamos para el número extraordinario?

En el número extraordinario de la revista "Cataluña del mañana" se publican los trabajos de los autores que han sido seleccionados para participar en el concurso de la revista. Los trabajos se publican en el número extraordinario de la revista.

En el número extraordinario de la revista "Cataluña del mañana" se publican los trabajos de los autores que han sido seleccionados para participar en el concurso de la revista. Los trabajos se publican en el número extraordinario de la revista.



20 cénts.

Núm. 416

